

los tristes desvios de inclinaciones degradantes, tanto en los hombres como en las mujeres. Á pesar de esto, ni en todos es igual la influencia religiosa, ni el carácter, se doblega en toda clase de personas, con idéntica facilidad, ó el hábito y, en fin, las ideas preconcebidas, siguen haciendo de las suyas, casi sin que lo advirtamos. Hé aquí lo que pasó á un recomendable eclesiástico de Yucatan. Este Señor fué á presentar sus licencias al arzobispado; lo recibió una mujer que desatenta y grosera, apénas le habia saludado, y le dió con las puertas en la cara, diciéndole que volviera despues de una hora; así lo hizo el humilde chantre yucateco, y cuando por último se le entregaron sus licencias, pidió hablar con el Ilmo. Sr. Arzobispo, quien se negó á recibirlo. No son así los nuestros; sino al contrario, atentos y corteses, como buenos caballeros. Este mismo Señor, yucateco, fué tambien recibido por los jesuitas, no con las mejores atenciones. Por mi parte, yo no tengo, amados lectores, de quien quejarme, que si así fuese, ya os lo hubiera dicho.

## CAPITULO III.

*Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Havre.—Paris.*

## § I.

Á las diez de la mañana del cuatro de Setiembre, nos hallábamos á bordo del vapor, La Borgoña, que tenia que salir con direccion al Havre: cinco minutos despues, levamos anclas, y comenzó nuestra navegacion por el Atlantico; á las pocas horas ya no veíamos sino las negras aguas del mar y un triste cielo que se extendia sobre nosotros. Nos hallábamos en una soledad inmensa, en un líquido desierto, y metidos en un precioso vapor que puede llamarse con verdad, un palacio flotante. Tiene el Borgoña 155 metros de longitud por 15 de ancho; puede cargar 7200 tonenadas, y representa una fuerza ocho mil caballos. Está perfectamente amueblado; se ilumina por la noche con luz eléctrica; tiene, ademas, biblioteca, piano &c. Éramos los pasajeros 200; entre los cuales se contaban 7 eclesiásticos y dos monjas, que venian enteramente solas desde Nueva Orleans. Nada notable ocurrió los primeros dias de la navegacion; el mar estaba tranquilo y de buen humor los pasajeros. En cuanto á mí, pasaban las horas y los dias con penosa y triste lentitud: conocia que me hallaba en una soledad que no era la

del mundo, y la melancolía se pintaba en mi rostro: estaba léjos del mejor de todos los amigos, de aquél á quien nadie sustituye dignamente. ¡Ah! en la tierra lo tenemos; pero no en el mar, y por esto yo no podia conversar con él; ni decirle una palabra.

¡Cuán dulce y agradable sería para los cristianos que navegan, poder, durante su viaje, visitar á Jesus Sacramentado! Y en mi tristeza consolábame tan sólo, pensar que los míos tal vez aquella misma hora, estarían haciéndolo por mí: yo le mandaba á mi amado los suspiros de mi alma, y figurábame entónces, hallarme en algun templo y postrado al pié de los altares, donde está por nuestro amor el buen Jesus.

\* \* \*

Durante la navegacion, dos ó tres noches solamente, pudimos contemplar la luna; y entónces la vista del mar, la sombra de la noche, el ruido de las olas, el vapor que se deslisaba sobre aquella inmensa y líquida llanura, y la mortecina y trémula luz que alumbraba ese cuadro, todo esto formaba un espectáculo solemne y majestuoso, que nos hacia meditar. La quilla del buque rompía las aguas en líneas divergentes, las aguas se levantaban como elevadas y grandiosas cordi-

lleras de montañas, de negra base y de nevada cumbre, que subian y bajaban unas en pos de otras, y al caer, abrian un abismo profundo, y para siempre se perdian en él. Entre tanto el vapor seguia su camino sin darse cuenta de aquello; é iba feliz y rectamente hácia el puerto. En aquellas agitadas montañas yo creía descubrir la imágen de los hombres, grandes y felices, segun el mundo: se levantan és verdad, prosperan en todos sus proyectos, y cuanto quieren, les viene á medida del deseo: unos en pos de otros llegan sus placeres, en torno de esos hombres, afluyen la riqueza y los honores. Si los veis al levantarse en la fortuna, y al ceñir la corona de mundana gloria, los juzgaréis muy dichosos; pero esperad un poco; pasaron unos cuantos años y todo ha cambiado para algunos, y otros bajaron al sepulcro entre el esplendor de la grandeza, que allí extinguió su brillo, dejando á la puerta de la tumba, encantos, riquezas y placeres. Mas ved por el contrario: el que contempla la dicha de este mundo, con los ojos de la fe, y practica su enseñanza, va tranquilo y sosegado, y camina derecho á su destino.

Á veces ocultábase la luna detras de las nubes, y entónces la noche aumentaba sus misterios. Ansiábamos por ver la luz de aquella beldad tan desdeñosa, y en vez de obsequiarnos, llamaba otras nubes y aumentaba más la oscuridad. Si la luz de la fe, decia yo entónces, nos fuera ocultando su bello resplendor, huiría la paz del corazon del hombre, perpétuas ansiedades, molestas inquietudes, continuas fluctuaciones se levantan

tarian en el alma, como estas montañas de liquido cristal que están contemplando mis ojos. Y una vez perdida la fe, no está en mi mano volver á tenerla.

El mar no estaba en calma; batia sin cesar nuestro vapor que ya se inclinaba de un lado, ya del otro: de babor á estribor; ese continuo balanceo nos inquietaba algunas veces, porque era demasiado fuerte; mas luego empesaba á disminuir. Aquí tambien hallaba yo, en qué entretenerme: así es la vida del justo: por más que vaya triunfante y salvando mil escollos, sus pasiones lo seguirán combatiendo: y semejantes combates, cuando ménos piense, serán terribles y peligrosísimos: harán que tiemble y que alguna vez se crea perdido; mas no hay que desconfiar, que nunca el Señor abandona á los suyos; y si permite á la recia tempestad que nos asuste y amedrente le prohíbe que nos dé la muerte. Y aquel permiso es un efecto del amor que nos tiene: la vista del peligro nos vuelve precavidos, nos da circunspeccion y diligencia, hace que clamemos al Señor; y vednos entónces, victoriosos en verdad y mejorados. Esta prohibicion corresponde á la providencia del mejor de los padres; dulcísima y amable, firmísimo sostén de la esperanza. Y si la tempestad nos mata, no matará la esperanza, que en el Señor tenemos. Si Dios me diere la muerte, en él esperaré, decia Job.

\*

Yo siempre he confiado en el Señor, y siempre tambien, he dicho: en el cielo de mi fe no hay tempestades; pero llegó el dia de la prueba, y con toda justicia se me pudo decir: Hombre de poca fe, ¿por qué tiembles? Era el nueve de Setiembre y la mar estaba inquieta, picada, segun la expresion de los marinos; y el buque se paró; preguntamos por qué no seguíamos navegando, y se nos dijo que se habian descompuesto algunas piezas del vapor; y que nos hallábamos en peligro de perdernos. El miedo y la tristeza se apoderaron de todos, y yo, resuelto y atrevido en otro tiempo, sentí mi corazón desfallecido. Morir con las angustias y desesperacion de los que se ahogan, quedar envuelto y sepultado en las aguas..... ¡qué tristes pensamientos! y tener á la vista el mar tempestuoso, el navio que está balanceando horriblemente, y que no avanza para nada; y lejos de los míos, y fuera de mi Patria; todo esto me llenó de espanto y turbó mi inteligencia. Mi buen compañero Avelar me decia: Morir en el mar ha de ser apetecible entre lo que jamas se puede apetecer; pronto concluye la agonía; ni habrá tentaciones, y ántes que la corrupcion nos descomponga, ya los tiburones nos habrán comido.—Yo no participo de sus ideas, amigo mio, le contesté. Por mi parte prefiero morir entre los míos con todos los auxilios de mi religion. Si en aquel entónces me vinieren á molestar las tentaciones, no me faltará la gracia; y en mis últimos instantes habrá quien ruege por mí á Nuestro Señor de quien espero una buena muerte.

\* \* \*

Aquella terrible incertidumbre, que nos detenía sañuda y sin piedad, entre la vida y la muerte; mas cesó, por fin, despues de dos horas; y hasta ese tiempo se nos dijo: ya no hay peligro, y las piezas descompuestas, pronto quedarán arregladas. Al siguiente dia volvióse á parar el navio por nuevas descomposturas; pero ya entónces, no tuvimos tantos temores, por saber que era cosa sencilla; y en efecto, á poco rato continuamos navegando con felicidad. Y navegábamos alegres, ignorando que aún nos quedaba otro peligro mayor. Antes de llegar al Havre, tuvimos que trasbordar pasando á un vapor, por cierto muy pequeño, porque aún no subia la marea, y el Borgoña no podia llegar al muey. Habriamos navegado, en el pequeño vapor, como media legua, cuando una espesísima neblina, nos envolvió por todas partes. La neblina es uno de los mayores peligros para los buques, por el riesgo de chocar unos con otros; y este peligro lo teniamos casi á bordo: ademas, el piloto que nos conducia, extravió la entrada; y al empezar á silvar, observamos que iba atravesando, ya casi en frente de nosotros, y muy próximo á nuestro buque, otro que venia tambien al Havre; al oír tan de cerca el silvato de nuestro vapor, aquél se detuvo con tanta violencia,

que por poco zosobra; nosotros tambien nos detuvimos; mas la ignorancia del piloto que nos conducia, no acababa de salvarnos del peligro, sino que ántes bien, sentiamos que la quilla del buque rosabá con las rocas del fondo del mar. Así continuamos, casi hasta llegar al muey. Saltamos á tierra, y calmó nuestra inquietud.

Junto al muey, está la Administracion, donde presentamos nuestro equipaje, que fué registrado muy á la ligera; y despues de una hora, marchamos para la gran capital, en tren expreso. El camino del Havre á París, es muy hermoso: desde luégo se conoce la laboriosidad y el gusto de los franceses, muy superiores en esto á los americanos. Leguas y más leguas caminamos entre hileras de árboles, plantados casi siempre con gracia y armonía: á veces descubriamos algunos bosquecillos entre los cuales dejábanse ver, ya humildes caseríos, ya pueblos de importancia; pero en todas partes, animacion y vida. En la estacion de Rouen almorzamos, importando el almuerzo, que es pasadero, 2 francos. Continuamos en seguida nuestro viaje, y despues de cuatro horas y media, llegamos á París, y paramos en la estacion de San Lázaro, en la cual reina tal confusion y alboroto, que pronto queda uno tan ensordecido, como atarantado. Afortunadamente nosotros habiamos contraido relaciones á bordo, con D. Carlos Babin, comisionado de un Hotel de París, al cual nos condujo sin pérdida de tiempo. Eran ya las tres de la tarde, y como veniamos muy cansados, no

hicimos sino una pequeña salida al templo de la Trinidad, porque allí estaba el que nos vuelve siempre la fuerza y es dulcísimo descanso despues de la fatiga.

\*

Tanto habíamos oído á cerca de la belleza de París, y algo tambien habíamos leído, que debia ser en verdad, deslumbradora y hechisera esa hermosura para que pudiese sorprendernos; pero no sucedió nada de esto. Confesamos en verdad que tiene sus ventajas sobre Nueva-York, es más alegre y festivo; más bullicioso y animado: como no tiene ferrocarril elevado, se nota más concurrencia en sus calles, que en lo general, no son rectas, ni todas anchas, sino que hay muchísimas angostas y de mal gusto. Los boulevares y las avenidas es lo mejor, porque son espaciosos y están aseados; en ellos se encuentran los mejores cajones, de todo lujo y de mucha riqueza. El embanquetado es muy ancho y demasiado cómodo, y el concurso, de lo más selecto, inmenso y que no se interrumpe: aquí se ven, ya grupos de elegantes señoritas, que hablan, rien y caminan á gran prisa, sin hacer caso al parecer, de nada; pero deseando que todos se fijen en ellas, que admiren sus gracias y vayan en su seguimiento; más adelante los

que andan en busca de aventuras amorosas; de inquieta mirada, de andar descompuesto, y llevan un pensamiento secreto, y á veces no mucho que los preocupa enteramente. Entre tanto el cruzamiento y ruido de los carruajes no pára, ni el ir y venir de la gente de negocios, y cada uno se ocupa en los suyos, y ve por donde va para no ser atropellado. Este movimiento se nota sobre todo en los grandes boulevares; pero lo hay tambien, si bien es menor, en las otras calles. Al ver semejante bullicio y el incansable afan por pasearse y divertirse, que hemos notado en esta capital, dolíame el corazon reflexionando que sólo en Dios no se pensaba; y que aquellos entretenimientos, en verdad pueriles, eran para muchísimos, ocasion de ruina; entónces me propuse ir á las iglesias, para ver si allí encontraba, la compensacion del olvido del Señor.